



Otoño en
el panteón
de los libros

Maximiliano
Chiaverano

Publicado por primera vez en el tomo #13 de la

Colección Pelosdepunta

©2016 laotragemela Editora.

“Son nuestros hijos, nuestros pares, nuestros padres, nuestros próximos, nuestro destino. Si no es en el fuego, la eternidad será acá, en este “depósito” de parientes. ¿Mejor una eternidad en el fuego? No lo sabremos hasta probarlo, y si queremos hacerlo, ya lo hemos hecho. Creo que nos vamos a permitir una tercera opción, una donde el fuego los pruebe a ellos.”

El espíritu del árbol.

Otoño en el panteón de los libros

Maximiliano Chiaverano

El sobreviviente

Dos enfermeros condujeron al doctor por un pasillo agrio hasta una habitación sin puerta. Miró inquisitivamente a los hombres de blanco y uno le respondió levantando los hombros.

-Cuando lo trajeron tuvimos que sacar la puerta porque le dio un brote al verla. Como verá, pasó lo mismo con la cama, las sillas y la ropa.

-¿Le dieron alguna medicación?

-Le dieron una dosis fuerte de Clonazepam, así que aproveche el tiempo.

El facultativo asintió, poco conforme con ese dato. No le gustaban los fármacos. Mucho menos las instituciones como aquella.

Encontró al muchacho completamente desnudo en la habitación asignada: un cubículo oscuro, pero seco. Sin otros muebles que la silla de plástico en la que se enrollaba, tomado de las rodillas, y un pequeño taburete metálico.

El recién llegado observó la habitación palmo a palmo.

-Veo que han *redecorado* a tu gusto... pocas veces permiten este tipo de excepciones. Es claro que sos hijo de tu padre. En fin, soy...

-No me interesa su nombre- interrumpió el muchacho, con expresión bajo cero. Le titilaban los ojos. Miraba el traje del profesional con desconfianza.

-Mirá, yo soy....

-¿Poliéster?

-¿Perdón?

-Su traje. ¿Es de poliéster?

-Eh...sí. ¿Por qué?

El joven se descomprimió, y dejó de tener la vista incrustada en la ropa.

-Me importa poco quién sea usted.

-Mirá...La verdad es que tu papá está en un viaje importante. No va poder llegar sino hasta dentro de unos días. Me mandó a mí en representación suya—dijo el visitante, sentándose en el taburete. -Es un viejo amigo mío. Fue él quien usó sus influencias para que no te llevaran a otro lado mucho peor que este. Me pidió que hablara con vos de todo este *problema*...y accedí, porque verás...quieren respuestas, y por más influencia que tenga tu viejo, si esto no se aclara de una vez, la vas a pasar mal. ¿Soy claro?

Se le retorció la cara, giró en su rostro un complejo mandala de muecas que no pudo controlar. Al responder, la voz del muchacho sonó a lija, ronca de haber gritado muchísimo:

-Se equivocan. Yo no soy el *problema*. Como ve, doctor, yo estoy desnudo, y no soy *el problema*. Nada en esta pieza de *loquero* es *el problema*. Hice que sacaran todo lo que podía ser un *problema*.

-No sé qué tiene que ver tu desnudez y los muebles con...

-¡Cállese! Si usted no sabe nada, hable menos y escuche más. De hecho, creí que ustedes los psicoanalistas escuchaban el doble de lo que hablaban- Tosió las últimas sílabas, y fue como si muchas otras voces sedadas vivieran en su garganta.-. Si usted está acá, entonces es porque querrá saberlo todo de mi boca. ¿Verdad? ¿Verdad que quiere saber la otra versión de los hechos, la del *loco*?

El visitante no se amedrentó. Era su trabajo. Hasta ahora veía en su paciente claras evidencias de una mente perturbada, posiblemente al borde de la esquizofrenia, pero los años de experiencia le decían que dudara, que algo más latía debajo de la capa de obviedades.

-Me contaron lo de la biblioteca, lo del incendio, lo de tus....

-¿De mis alucinaciones?

-Llamémosle *puntos de vista*.

-*Puntos de vista*...-el chico miró para otro lado al repetir el eufemismo de su interlocutor y dejó escapar una sonrisa triste mientras gritaba en silencio. Nunca le creerían. ¿Pero, qué importaba ya? Abrazó con fuerza sus rodillas.

-Quisiera oír tu historia. Contáme, ¿qué pasó allá?

Al hombre del taburete, no le inquietaron los ojos inyectados, ni las turbulencias de carne que se le hacían en el rostro a su paciente cada vez que decía algo. Tomó algunas notas mientras el otro se decidía a confiar en él. Pasados unos minutos entre mirada y mirada, el de la silla de plástico empezó a vomitar su historia sobre un silencio embarazado de tensión.

-Lo de la biblioteca... hijos de puta.... ¡mierda!, ¡qué mierda somos! ¿Sabe? Tienen buenos motivos para hacer lo que empezaron a hacer...

-¿De quién estás hablando?

-De nosotros y de *ellos*, que al final parece que tenían razón.

-¿Quiénes son “*ellos*”?-inquirió el visitante, eligiendo los tonos adecuados para cada palabra.

-Fue culpa nuestra. Siempre la culpa es nuestra. Hace qué sé yo cuántos... miles de años que la culpa es nuestra. Pero quédese tranquilo, porque ya se nos termina el *carrete*. Y el *problema*, nuestro *problema*, no es el haber perdido el hilo, sino el hilo mismo que se tensa para ahorcarnos. *Ellos*... abrieron puertas, qué digo abrieron, *despertaron* a las puertas.

“*Pobre, pobre Dani*” pensó el doctor X, en su incómodo banquito de metal. Anotó un “*ellos*” en su libreta, pero le siguió la corriente, haber cuan largo era el *carrete* en su cabeza.

-Con “*ellos*” ¿Te referís a tus amigos? Digo... ¿Vos sabes lo que les pasó a tus amigos?

El muchacho metió la cabeza entre las piernas e hizo silencio.

-Murieron, Dani. En el incendio.

-No -rebatió por lo bajo.

-Creen que vos empezaste el incendio, Dani. ¿Es cierto eso?

-Yo nos lo maté. ¡Yo no los maté!- exclamó al tiempo que se le descomprimían los ojos, explotándole en cataratas de agua salada. Tembló su quijada al hablar, le tironeaban las heridas en la espalda, que ya empezaban a secarse. Sufrimiento después del sufrimiento, quemaduras que seguían hirviendo, y todavía podía sentir las ramas desgarrándole la piel.

El más viejo se acomodó mejor en el asiento, se sentó en posición de un padre que espera recibir la confesión de un hijo. Buscó respuestas.

-Si no fue como dicen, entonces es el momento para contarme lo que les pasó realmente. Quiero ayudarte, y la única forma es que confíes en mí, Daniel.

Daniel se limpió las lágrimas con el antebrazo. Repentinamente calmo, dio comienzo a su versión de la masacre sabiendo que, de no estar próximo el final de todo, le esperarían largos años de encierro y destructivos tratamientos farmacológicos. De todas maneras supuso que eso sería mejor que la memoria y la conciencia.

-Por lo que sé, empezó con la muerte de un tipo que coleccionaba libros. Libros raros. Su hermana, una vieja con toda la guita pero totalmente ignorante, pensó que donar los libros a la biblioteca popular podría satisfacer los deseos del hermano muerto. Bien. Digamos que la señora no tenía idea de lo que hacía. Su gesto de humildad fue fatal. Fatal para mis amigos, para mí, para todos.

-¿Me estás diciendo que por la donación de unos *libritos* murieron tus amigos?

-¿Libritos?

-Decime entonces.

-Parece que el tipo muerto...

-¿Si? No te detengas.

-Es que no me va a creer. Como pasó con los que me trajeron acá, como pasa siempre.

Indignado, el doctor X resopló. Acto seguido lo miró a los ojos e intentó ser sincero.

-Preferiría que no me prejuzgues de esa forma, considero que soy un hombre abierto, razonable. Estudié muchos años para...

-Entiendo, a mí mismo me cuesta creerlo. Hasta que siento el dolor. ¿Ve estas marcas?- El muchacho se arqueó y le mostró la espalda azotada. Tenía tres lonjas moradas, arañazos que corrían desde la nuca hasta las piernas, canaletas sin cicatrizar. -Bueno, lo que despertó un *librito* de esos, me hizo esto, *hombre razonable*.

-¿Pero qué clase de animal pudo...?

-No no no. Ningún animal, señor *razonable*.

-¿A todo esto, qué hacían en la biblioteca a las tres de la madrugada?

-Fumábamos unos porros y leíamos. Entrábamos siempre de contrabando, porque nadie vigilaba nada. La madre del gordo trabajaba en la secretaría, le hicimos una copia de la llave y listo, acceso libre sin forzar cerraduras. Ir de noche a disfrutar de la biblioteca era una salida habitual de todos los viernes. Éramos un grupo de bichos raros que se reunían a compartir vicios en el lugar que más cómodos estábamos. Siempre la pasamos bien, no molestamos a nadie y nadie nunca nos molestó. Pero esa noche la cagamos. A uno se le ocurrió hurgar en las cajas que habían traído a la tarde: dos cajones de madera vieja, llenos de libros desconocidos. Imagínate a nosotros, ratones fumadores de biblioteca, descubrir una pila de textos nuevos e intrigantes nos hizo cosquillas en el estómago y nos los tragamos a todos. Convertidos de repente en tres ladrones de conocimiento, tres juguetes rabiosos, tres arqueólogos enfermos succionamos misterios ocultos en un arcón con antiguo olor a moho.

-¿Usted lee en voz alta, doc?

-No, leo para mis adentros.

-Pero claro, usted qué sabe de leer poesía... no sabe nada, tanto como nosotros sabíamos de magia real. Y como idiotas le dimos sonido a esos versos que se confundían, que parecían tener una musicalidad nunca antes entonada. Sí, era magia, no lo dudo, y nos llenó los oídos.

El visitante evaluó. Anotó y miró al muchacho a los ojos. Analizó en silencio. Vio que Dani estaba ahora un poco más sosegado... o resignado; empezaba a desagotarse en algún sentido.

-Vimos irse a Federico primero. De sopetón, como quien dice.

-Irse ¿a dónde?

-Donde se va uno cuando lo asesinan.

-¿Y quién...?

-La mesa. O “*eso*” que dormía dentro de la mesa. Un roble sería, uno mucho más viejo que el mueble mismo, el cual de por sí ya era antiguo. “*Eso*” era y no era la mesa, ¡la mesa!, el muerto que despertamos... ¿me entiende?

-¿Me estás diciendo que una mesa mató a tus amigos?

-No, la mesa mató a Federico... -Dani se detuvo y miró al psicólogo con una triste sonrisa. Debería verse la cara. Es la misma cara que puso el imbécil que me trajo acá y me interrogó antes que usted.

-Te pido disculpas, seguí contándome, por favor.- dijo el médico, y anotó en su libreta, como ya había hecho en el pasado frente a casos similares: “*posible trastorno psicótico inducido por sustancias*”

-Imagino lo que anota en su libretita. Como sea. Federico estaba leyendo “*el librito*” en la punta de la mesa, mientras que el gordo y yo discutíamos en susurros sobre historia del cine. Nos dimos vuelta porque escuchamos un estallido de maderas quebradas. Y ya sé que le va a costar asimilar esto como realidad, ni siquiera yo que lo he visto puedo salir de mi asombro... pensamos que Federico había detonado en un brote psicótico como antaño y rompía la mesa en pedazos, pero enseguida lo vimos. Le salieron *brazos* al mueble, o ramas parecidas a brazos. Sí, doctor, la mesa cambió de forma, se astilló por todos lados, se articuló.

El visitante enmudeció ante aquel relato. Se limitó a dejar anotados más garabatos.

-Federico ni siquiera llegó a gritar. De un segundo a otro, estaba muerto. La mesa, el cadáver de árbol, cambió de nivel de vida. Ora, un muerto inmóvil, sirviente de humanos, ora una especie de árbol zombi. Nosotros lo vimos despertar, y nos quedamos petrificados

delante de algo que nunca habíamos siquiera soñado. ¿Por qué nos quedamos congelados mientras la criatura trituraba los huesos de Federico? No porque somos unos faloperos que teníamos la impresión de estar viendo una película de terror después de fumar unas secas, sino porque fuimos cobardes. ¿Por qué antes de correr levanté el librito del suelo? Porque la curiosidad me llevó muchas veces a correr riesgos estúpidos. Corrimos, el gordo y yo, salimos disparados por el pasillo entre dos estanterías que nos doblaban en altura. ¿Por qué corrimos? Porque como le dije, no somos más que unos cagones.

-¿Y a tu otro amigo qué le pasó?- El forense, conocido colaborador de antaño, le había facilitado al doctor X unas fotos de los cadáveres. Al gordo le habían arrancado la cabeza de los hombros. El caso era grave, y la delirante historia de Daniel lo agravaría más.

La mirada del muchacho cambió, se hizo pequeña porque se acordó del dolor. El gordo había sido su mejor amigo, gran compañero de discusiones. Le molestó hablar de las circunstancias de su muerte, pero la *película* ya había sido filmada, era el momento de exponerla y sin importar a quien.

-Salimos corriendo, pero no llegamos lejos. Y acá terminamos de volvernos locos. Porque es para volverse loco si ves crecer un arbusto espinoso en diez segundos frente a vos. ¡Y hablaba! Con una voz vibratoria que nos perforó los oídos, apunándonos. Primero fueron palabras o sonidos parecidos a palabras, en un idioma que ninguno de nosotros conocía, y eso que éramos eruditos, sabíamos fluir en unos cuantos dialectos... pero ninguno entendió nada hasta que *la cosa* habló como nosotros.

“*Me da asco hablar humano*” nos dijo. No vimos de dónde venía la voz, parecía de todo lados... puede ser... fue tan confuso, tan chocante, que muchas cosas que nos dijo la criatura se me borraron ahora, otras... no puedo dejar de escucharlas. Otra vez, nos encontramos sin salida en medio de un caos de ramas que nacían de todos los rincones de las estanterías de madera, de los libros. ¿Se da cuenta usted? Ramas, formas, caras que no eran caras, aparecieron y desaparecieron en la superficie de los estantes. Y después, los gritos. Gritos les digo yo, pero eran más que eso, chillidos como si fueran trillones de puertas sin aceitar. Madera contra madera, siglo tras siglo sin animarse, animándose.

Sentimos un ruido de truenos, truenos de madera fracturada. Era la estantería, se arqueaba hacia nosotros. Se nos vino encima vomitando una cascada de libros, grandes volúmenes algunos, que me dejaron chichones. Entonces, antes que pudiéramos hacer nada excepto congelarnos de miedo, apareció la enramada, flotando en una nube de troncos negros que se desprendían de la estantería encorvada. Cuando *eso* habló, se me aflojó la vejiga.

-¿*Biblioteca? Esto es una fosa común.*- Una gruesa extremidad sin forma, llena de nudos, descendió hasta tocar uno de los libros del piso. *Libros, ¡libros! ¡Mis hermanos son los muertos!* -gritó la nube de ramas.

Se movieron infinitos troncos, nudosos, algunos cubiertos de espinas, otros, con hojas aserradas y quemadas. Y seguía hablando como si nada...

-¿Qué más te dijo esa “*enramada*”?

-Antes de decirnos lo que nos dijo, hizo algo. Yo pensé que ya me iba a despertar, que el efecto de aquella locura terminaría enseguida. Pero no pude siquiera cerrar los ojos... la cosa se le enroscó al gordo en el cuello. Dio dos o tres vueltas como una pitón de palo y ajustó a su presa.

¿Por qué no hice nada?, preguntará usted. Lo máximo que conseguí fue descubrir que el miedo me había entumecido los músculos. ¿Por qué no hice nada? Porque le dije, no somos más que cobardes.

-*La savia corre más lento que la sangre* –dijo la voz del árbol. Ya... ya le había hecho eso al gordo, y yo no tardaría en ser su próxima víctima. Quise retroceder, volver por el pasillo y salir por la ventana, de cabeza si era necesario. Pero no pude. Ahí, entre mi libertad y la muerte se interpuso un mueble viviente. La mesa se arrastró como una babosa vegetal, o un calamar con cuatro cuernos que antes eran patas.

La enramada me siguió hablando:

“Muebles, sillas, mesas, escritorios, pisos, paredes. Abusaron de nosotros. Cada libro con sus hojas, es un muerto que tuvo espíritu. Un cadáver tatuado es ahora... en eso emplean a nuestros muertos, y en papel que usan para intercambiar a otros humanos por cosas, somos comercio y nada más. Hay lágrimas que no se ven porque nunca llegaron a brotar, están los que mueren día tras día, en este mundo que compartimos con ustedes y que vamos a reclamar con justo derecho. Se limpian el culo con nuestra piel. Mirá a esa pobre criatura, la mesa que te amenaza. ¿Acaso no te acordás? No, no te acordás porque nosotros somos los de la buena memoria, nosotros sufrimos sin llorar. Ahora gritamos, nos movemos. ¿Acaso no te acordás del palo borracho que mutilaste cuando hace diez años le tallaste tu nombre y el de tu novia con una cuchilla sin filo? Él se acuerda. Todos se acuerdan y coinciden en que se tiene que terminar.” La enramada dijo más o menos eso, que es lo que me quedó grabado. Se me acercó la mesa y pude ver todas las inscripciones que le habían hecho a lo largo de los años en la biblioteca.

“Cada uno que haya escrito en esa pobre criatura, está sentenciado. Y el que no también” –dijo la cosa-árbol. Fue lo último que escuché, porque me armé de valor y corrí.

-¿Y las marcas que tenés en todo el cuerpo?

Las tengo porque no fue un escape. Fue un milagro. Salté sobre la mesa, la pisé y me di impulso para atravesar la ventana. Cada una de estas cicatrices es un milagro, porque significa que trataron, pero no pudieron agarrarme. Caí del segundo piso, no me rompí una pierna de casualidad.

-Y entonces, volviste para incendiar la biblioteca.

-Fue lo primero que se me ocurrió. *Ellos* mataron a mis amigos. Los vi, y fue muy real, demasiado para que pueda yo adjudicarlo a una alucinación recreada por mi mente después de consumir un poco de cannabis.

-Entonces eso explica que no tengas ningún mueble de madera por acá....

-Ni muchas otras cosas. ¿Acaso no comprende? Madera, papel, cajas, perfumes, ropas...el espíritu del árbol esta en todos lados y ya tiene una manera de despertar... ¿Hoy qué almorzó, doc, una ensalada, comió frutas?

-¿Dejaste el libro allá?

-¿Todavía no lo ve? No era un libro, era un muerto viviente de su ejército, y yo, que lo tuve en la mano después de saltar por la ventana, lo sentí latir. Fue lo primero que quemé. Ahora ya me pueden dejar encerrado, porque puede que no haya lugar más seguro que este.

-Pero si lo quemaste, ¿qué te preocupa?

-Me preocupa el hecho de que la señora donó solamente un tercio de los libros a nuestra biblioteca, el resto quién sabe dónde fue a parar...tarde o temprano...tarde o temprano...

Después de contarle todo a su psicólogo, Daniel cayó rendido ante el yugo químico del clonazepam

Lejos de ahí, en una casa acosada por el tiempo, llena de paredes descascaradas y copones deslucidos en el techo, una mujer que nunca decía nada, se sentó bajo la parra del patio y abrió el libro que había rescatado de un contenedor de basura. Lo exploró. Vio en él palabras tan extrañas que se dejó llevar por el deseo de escucharlas de su propia voz. Recitó toda la noche.

Al amanecer, el esqueleto de la parra tembló sin viento.

El doctor X se acostó con la llegada del alba y, mientras afuera se hacía la fotosíntesis, un sueño intranquilo se lo tragó.

Fin